

Fauna astronómica (III)

Una guía para identificar especímenes nocturnos con telescopio

Miguel Guerrero

*L*legamos al último tramo de este safari nocturno y, como en toda buena expedición, guardamos a los ejemplares más peculiares para el final. Si pensabas que ya habías visto todo, espera a conocer a esta tanda de personajes, donde se mezclan veteranos con cicatrices de guerra, recién llegados con ilusión desbordante y especialistas que han hecho del Sol, los planetas o las galaxias su campo de batalla particular.

Abriremos con el Batallitas, ese aficionado curtido en mil quedadas, que mide su experiencia en noches sin dormir y anécdotas de humedad en los prismáticos. Luego aparecerá el Iniciado o Nuevo, cargado de ilusión y preguntas que todos alguna vez hemos hecho (aunque no lo admitamos). Y cerraremos con el Especialista, la especie que decide dedicar su vida a un solo rincón del cielo: solar, planetario, cielo profundo... da igual, su mantra es "mejor poco, pero en detalle".

Con ellos ponemos punto y seguido a esta colección de retratos, porque si algo nos enseña la fauna estelar es que la

astronomía aficionada no es solo mirar al cielo, sino también mirarnos a nosotros mismos.

El Batallitas Cósmico

Es el que estuvo allí cuando Halley pasó en el 86. Es un ser entrañable, con años de cielo encima, que llega a las quedadas con más historias que objetivos. Porque el Batallitas no observa, rememora. A veces trae telescopio, otras no, pero da igual, lo importante es que él estuvo. Estuvo en la quedada legendaria del 92, en aquella salida en la que se congelaron los termos, en el eclipse de sol que "te lo juro, Miguel, la sombra pasó corriendo por el suelo como una ola", en la visita de un cometa que nadie más recuerda, pero que según él fue mejor que Hale-Bopp, "aunque con menos marketing".

Tiene la mirada gastada, el cuello sabio, y un tono de voz que empieza siempre con: "esto no es nada comparado con cuando fuimos a..." Y ahí arranca el viaje. Puede pasarse veinte minutos contándote cómo subieron una montura a lo alto de un monte con una mula y un carro, o cómo observaron M51 con un Newton oxidado

apoyado en una silla de playa porque no había trípodes. Y tú, que ibas a preguntar cómo se ve Saturno esa noche, ya estás atrapado en una historia sobre cómo ajustaban el reloj de pulsera con las efemérides del almanaque náutico.

No se pierde una. Aunque haya nubes, aunque haya Luna llena, aunque haya alerta de viento, el Batallitas va. Porque ya no viene solo a ver el cielo, viene a ver a los suyos. A compartir, a sentarse con la manta en las piernas, mirar al cielo y decir "fíjate, lo que daría yo por volver a ver Andrómeda como la vi en el 85... cielo negro como brea, eh, sin ese LED asqueroso que tenéis ahora."

Su equipo, si lo saca, es mítico: un telescopio al que llama "el viejo", con cinta aislante que ya forma parte estructural del tubo, con una montura sin nombres pero con alma. Dice que ya no ve como antes, pero igual te alinea el buscador a mano y sin puntero láser. Y cuando alguien le ofrece mirar por un Dobson moderno o un refractor apocromático con óptica de laboratorio, suelta un "esto es trampa, hombre... antes localizábamos M13 con una brújula y dos grados de error, y nos parecía buena noche."

Habla del cielo como se habla de un amor perdido. Con respeto, con dulzura, y con un toque de tristeza. "Aquella vez... el cometa era tan brillante que proyectaba sombra en el agua." Tú sabes que tal vez exagera, pero se lo perdonas. Porque en el fondo, sus historias te conectan con algo más grande que cualquier ocular.

Y aunque repita anécdotas, aunque a veces no recuerde si aquello pasó en el 88 o en el 94, aunque se le olvide el nombre de la constelación pero recuerde perfectamen-

te que fue en "aquel sitio con una encina a la izquierda y mucho escarchado", nadie se cansa de oírle. Porque el Batallitas es la memoria del grupo, el archivo oral, el que estuvo cuando el cielo estaba más oscuro, el tráfico más tranquilo, y los móviles no te decían qué estrella era cuál.

Y cuando, ya tarde, todos recogen, él se queda mirando arriba, con las manos cruzadas sobre el bastón o sobre el termo, y suelta bajito: "Qué suerte tenemos de seguir viniendo aquí... aunque ahora todo el mundo sepa dónde está Júpiter por el móvil, y no por haberlo buscado durante semanas."

El recién aterrizado

Es el que aún dice "mira qué estrella tan brillante" o el que confunde Venus con un ovni. El Iniciado llega a su primera observación como quien entra a una secta amable de adoradores del cielo. Trae una linterna blanca (¡sacrilegio!), una silla de camping recién comprada, prismáticos prestados de su tío y una mochila donde asoman bocado, una botella de agua y un libro de astronomía de los años noventa. Mira todo con cara de "esto es más serio de lo que esperaba", mientras tú ya le estás apagando la linterna y explicando que sí, que la roja es por algo.

Tiene mil preguntas y todas encantadoras. "¿Eso que se mueve es un satélite o una estrella fugaz?", "¿cómo sabéis por dónde empieza Orión?", "¿de verdad esa luz salió de allí hace millones de años?". Y tú sonríes. Porque aunque estés alineando por décima vez la montura, algo en su entusiasmo te rejuvenece. Te recuerda por qué empezaste tú también, cuando confundías el cinturón de Orión con el logo de Repsol.

El Iniciado no sabe calibrar, ni colimar, ni orientar. Apunta al cielo con los prismáticos como si estuviera buscando ovnis. Mira por el telescopio y dice "¡jala!" incluso si solo ve un punto desenfocado. Todo le parece fascinante. Saturno le arranca un "¿jestoy viendo eso de verdad!?" que tú ya no dices porque te has vuelto cínico. Y ahí, por un segundo, vuelves a ser él.

A veces se desanima porque no entiende, porque no encuentra lo que todos encuentran, porque le dijeron que Andrómeda se veía "a simple vista" y él solo ve oscuridad con estrellas. Porque todos hablan de objetos con siglas raras y él aún se líía entre cúmulos y nebulosas. Pero vuelve, siempre vuelve. Con un mapa mejor impreso, con una app instalada, con ganas de aprender, aunque no sepa por dónde se empieza. Y esa constancia lo convierte en uno de los grandes.

Llega antes que nadie, se va el último, pregunta siempre si puede mirar por tu telescopio y, si se lo permites, se queda mudo. Porque no se lo cree. Porque hasta hace poco el cielo era un fondo, y ahora es un escenario lleno de nombres, de historia, de distancias imposibles y luces que le están cambiando la vida. Tal vez no dure, tal vez se canse o tal vez no evolucione, pero también puede que sea el próximo Batallistas dentro de treinta años.

Y cuando lo ves emocionarse con Júpiter por primera vez, o señalar la Luna como si fuera un milagro redondo, o guardar silencio mientras observa M13 sin entender bien lo que está viendo, tú sonríes. Porque el Iniciado es la semilla, el que nos recuerda que observar no va de saber, sino de asombrarse.

El Saboteador Climático

Todos los grupos de astronomía tienen uno. Y si no lo tienen, es que eres tú. El Saboteador Climático es esa persona que, sin quererlo, sin hacerlo a propósito (o eso dice) tiene el poder cósmico de destruir cualquier previsión favorable en cuanto confirma que asistirá. Puede haber cielos despejados durante diez días, humedad controlada, seeing estable, viento nulo... pero basta con que diga "yo también me apunto" para que una borrasca salga espontáneamente del Atlántico y arruine el evento.

El fenómeno es estadísticamente inexplicable. Y perfectamente comprobable. Ha sucedido tantas veces que ya nadie lo niega. Incluso él empieza a bromear con ello. "No digas mi nombre en voz alta, que se nublan los mapas", o "me he traído el paraguas por si acaso se entera el cielo de que he salido". Pero en el fondo, sabe que es real, sabe que la atmósfera lo odia.

Es fácil identificarlo. Cuando llega a una quedada, todos lo miran con sospecha y algo de miedo. Se oyen frases como "uy, al final vino", "pues ya verás, ahora se tapa" o "¿ha dicho que viene? Cancelad." No falla. En cuanto se baja del coche, aparecen nubes finas por el oeste. La humedad sube sin razón. Se empañan cosas que nunca se empañan. Incluso con anticiclón. Incluso en verano. Es una ley física alternativa.

Y lo peor es que suele ser simpático. Trae chocolate, comparte oculares, tiene conversación. Pero todos saben que si él está, las fotos no salen, los planetas bailan y los filtros no valen de nada. Es como si su presencia generara microclimas personales. A veces se aleja a otra parte del campo para

"no molestar"... y se nubla solo donde está él. Es de locos.

Nadie le culpa del todo. Es como un amuleto roto, como un conjuro que salió mal. Algunos incluso le consultan antes de organizar algo: "¿vas a venir tú?, es para pedir sala cubierta." Él se lo toma con humor, pero también con resignación. Porque quiere observar como los demás, quiere tener una noche limpia, quiere ver la Vía Láctea sin velos. Pero el cielo le tiene manía.

A veces se plantea dejarlo. Pensar que no vale la pena. Pero vuelve. Porque no se rinde, porque guarda la esperanza de que algún día, una noche mágica lo perdone y le regale un cielo perfecto. Y entonces, ese día, va a mirar como nadie y va a exprimir cada segundo, cada objeto, cada estrella. Porque si alguien ha aprendido a valorar el cielo... es él.

El Especialista

Es el monotema celeste, el doctor honoris causa en su rincón del cielo, el que solo mira lo suyo y nada más. El Especialista no es un aficionado cualquiera, es una subespecie enfocada, entrenada y fanática de una parcela concreta del firmamento. Puede ser solar, planetario, lunar, de cielo profundo, dobleadicto o incluso cazador exclusivo de variables. Lo suyo es lo suyo. Y punto. El resto... relleno estelar.

Si es solar, todo su mundo gira alrededor del astro rey. Tiene telescopios con filtros que parecen sacados de un laboratorio nuclear, habla en Ha, Ca-K y dice cosas como "mira esa protuberancia filamentosa bipolar de segunda generación". Le da igual que sea pleno agosto a las 3 de la tarde.

Él apunta al Sol con amor y SPF50+. De noche, directamente no existe. Como los vampiros, pero al revés.

Si es planetario, su vida es esperar la oposición de Júpiter o Marte como si fuera Navidad. Pasa noches enteras con la cámara planetaria capturando vídeos de un punto borroso que luego, tras apilar 6.000 frames, se convierte en una imagen que parece sacada del Voyager. Tiene nombres para las tormentas de Júpiter. Habla de seeing como quien habla de estado de ánimo. Y si ve una manchita en Saturno, se emociona como si fuera el nacimiento de su tercer hijo.

Si es de cielo profundo, ya no tiene pupila, tiene detector de fotones. Observa desde sitios con nombres raros en mitad de la nada, con humedad cero y cuatro capas de abrigo. Puede estar dos horas buscando un objeto que tú ni sabías que existía, y cuando lo encuentra, susurra "¡ahí está... NGC 7331, precioso!" mientras tú no ves más que niebla en el ocular. Vive por y para las galaxias tenues. Y si una estrella brilla demasiado cerca del objeto que quiere ver, se queja como si le hubieran puesto un neón en mitad del desierto.

Pero todos tienen algo en común: no les saques de su terreno. El especialista solar no mira la Luna. El de cielo profundo no quiere saber nada de Saturno. El planetario no entiende por qué alguien se iría a 2.000 metros a congelarse por una mancha gris. Y si les ofreces mirar otra cosa, lo hacen con cortesía, pero con desinterés. Porque ellos tienen su misión. Y todo lo demás, aunque respetable, es anecdótico.

Eso sí, en lo suyo, son auténticas enciclopedias. Lo conocen todo. Tienen catálogos, hacen seguimiento, publican observacio-

nes, participan en foros internacionales. Y te pueden explicar con entusiasmo qué pasó con aquella supernova de 2020 como si hubieran estado allí en persona, con bata y libreta.

A veces abruman, veces fascinan, pero siempre inspiran. Porque se nota que no están en esto por moda, están por pasión pura. Por haber encontrado en un rincón del cielo su templo personal. Y tú, que vas picoteando un poco de todo, los miras con una mezcla de asombro y culpa. Porque mientras tú sigues con el "a ver qué se ve hoy", ellos ya están viendo el universo a través de una única rendija... pero con toda el alma.

CONCLUSIÓN FINAL

Y así, tras recorrer telescopios de madera, viajes en busca de auroras, niños que ven Saturno antes de que termines de montar el trípode y especialistas que no se salen ni un milímetro de su parcela cósmica, hemos completado el álbum de cromos de la fauna estelar.

Cada uno de estos personajes, con sus manías, obsesiones y pasiones, forma parte de ese ecosistema nocturno que florece en cuanto se apagan las farolas. Y lo más curioso de todo es que, si te miras al espejo con sinceridad, probablemente descubras que llevas dentro un pedacito de cada uno de ellos.

Porque al final, más allá de telescopios, filtros y discusiones sobre la colimación perfecta, lo que nos une es lo mismo: esa necesidad casi infantil de mirar hacia arriba y sentirnos un poco más pequeños, un poco más curiosos, y un poco más parte del universo.

Por supuesto, no están todos los que son. Faltan muchas subespecies: el que solo mira la Luna desde la terraza, el que lleva veinte años prometiendo que algún día comprará un telescopio, o el que se duerme en mitad de la observación. Pero sí podemos decir que son todos los que están, una muestra representativa de esta fauna que hace de la astronomía aficionada un espectáculo tan variado como el propio cielo. ■



Paco Lendínez nos obsequia con esta visión del centro galáctico, desde los cielos de Villatoya.